

REFLEXION SOBRE UN NIDO DE MIRLOS

MANUEL VICENT

HACE unos días tuve una prueba del cambio de era. Una vecina francesa me trajo a casa un nido de mirlos fabricado con plástico no biodegradable que había descubierto en un árbol de su jardín. Tuve una sensación parecida a la de aquella madrugada de julio cuando el astronauta Armstrong, equipado como una rana de Pirelli, puso su vota de amianto en la Luna. Al instante, sin saber por qué, pensé en los pasotas del Café Comercial. Ignoro el mecanismo mental que me llevó a asociar aquel nido de metacrilato con esa ecología de velador, con ese deseo irrefrenable que cunde ahora por los garitos de volver a brincar sobre la alfalfa, de huir hacia paisajes medievales para ordeñar vacas de primera mano. En su cerebro de cacahuete los pájaros llevan un mensaje cuaternario que prácticamente no se había movido en cien siglos. Desde el tiempo en que los diplodocus pisaban las ciénagas que están ya en el tercer sótano de nuestra civilización, mucho más abajo de las líneas del metro y de la caja fuerte de los bancos, los pájaros hacían los nidos con virutas trenzadas. Un microscópico filamento se ha agitado ahora en el seso de los mirlos y los ha forzado a adoptar la nueva materia. Finalmente las aves han asimilado el mensaje químico de nuestra cultura en el momento en que otros pájaros desvencijados de la ciudad con la culera del pantalón vaquero esmerilada establecen ya una corriente migratoria contraria. Los árboles están llenos de nidos de plástico. En los ambientes más sofisticados de Nueva York la última moda consiste en colocar pesebres repletos de forraje y abrevaderos de rancho estratégicamente situados en las capillas subterráneas y la concurrencia se pone a cuatro patas.

Existe una nostalgia perentoria por volver a aquel estado de la evolución, anterior al canibalismo, en que el hombre era sólo un ser rumiante. Cuando todo está preparado para que en los grandes almacenes se pueda comprar un ordenador japonés del tamaño de una avellana que se disimula bajo el flequillo, se clava con una aguja en el cráneo y se conecta con la raíz del pensamiento de modo que hasta el más idiota podrá extractar en un minuto toda la filosofía de Heidegger o hacer veinte millones de sumas en una fracción de segundo, de pronto llega el terror de este milenario

tecnicista y el hombre se acuerda de que tiene un intestino de herviboro de ocho metros y setenta centímetros de longitud. Y entonces coge una bicicleta y se pone a pedalear furiosamente por el carril sólo bus o se coloca un chandal y comienza a huir por la acera de la ciudad entre contribuyentes con paraguas hacia una meta desconocida. Estos gimnastas vegetarianos que se ven en el asfalto son los heraldos de nuestra próxima pobreza. Anuncian un panorama de coles, largos berenjenales, una teoría de risueñas huertas de zanahorias y frutales con campa de trigo candeal hasta el horizonte desde donde llega el sonido de campanas de una abadía.

En el cerebro de todo hombre moderno habita la secreta ambición de ser un superviviente de la bomba atómica. En el corazón del hombre moderno está el deseo vergonzoso pero ineludible de que llegue de una vez ese cataclismo nuclear que sólo matará a los zafios y dejará el planeta limpio para los estetas, las catedrales en pie, las ruinas clásicas intactas, la calzada romana sobre Europa con las cunetas llenas de espliego, el camino de Santiago marcado por un punteado de iglesias de piedra dorada y mesones rebosantes de alimentos primitivos, la ruta de los monasterios libres para los nuevos penitentes que comprarán miel y frutos secos en los cruces. Esta crisis económica de Occidente ha coincidido con una agonía existencial. Ningún Ministerio de Hacienda podrá solucionar un problema de metafísica. Muy mal tiene que estar la cosa cuando un número creciente de ciudadanos es capaz de ponerse en pantalón corto y echar a correr entre tubos de escape con la cara desencajada y los ojos salidos de las órbitas. La expresión angustiosa de estos ciclistas de ciudad, de estos gimnastas alucinados en medio de la ponzoña es la verdadera imagen del terror ante el milenario.

Al cumplir los cincuenta años el ser humano ya se ha formado una idea aproximada de su muerte. Frente a esta primera sensación de lo que será su esqueleto visible cada cual suele reaccionar de forma distinta. A unos les da por alcoholizarse del todo, a otros por hacer deporte. A cierta edad la gimnasia también es una droga, un método para olvidar, es decir, de luchar en



vano contra la evidencia de la propia destrucción. No hay espectáculo más deprimente y filosófico que ver a un anciano trotando en un parque, sacando el pecho lechoso o doblando la bisagra que gime como una puerta de desván. Cada movimiento es un estertor, un trabajo inútil. Cada movimiento ecologista también es un estertor industrial, la última boqueada de las máquinas. Esos muchachos del café Comercial que divisan un paisaje de vacas en el mármol del velador, antes del ataque de epilepsia ya no oyen a Dios como los profetas antiguos, sólo sienten la premonición de un largo balido de oveja que les llama desde el medioevo. Ante esta cuestión tan seria la democracia no puede hacer nada, sino abrir calzadas sólo para ciclistas, dejar los semáforos en verde para que puedan huir los fugitivos. Es lo que ha hecho.

He llegado a la conclusión de que es un esfuerzo estúpido dedicarse a criticar a los políticos. Ya ha pasado el tiempo. Probablemente los banqueros están ya a punto de largarse a los mares del coral para contemplar desde allí este fin de fiesta. Los intelectuales más lúcidos viajan en este momento hacia el fondo de la India en autobuses llenos de gallinas, pero el grueso de la caravana aún permanece sentado en la mesa camilla leyendo el periódico los pormenores del suceso mientras los agnósticos sin triciclo echan migas de pan a las palomas de la azotea. A pesar de todo aquella mañana, después de que la vecina francesa me regalara el nido de metacrilato, la vida transcurría normalmente. Los tenderos levantaban los cierres bajo las acacias que están perdiendo la hoja. Los autobuses escolares iban llenos de pequeños canallas arreándose cates con las marmitas y el taxista que me llevaba al aeropuerto hablaba como un hombre que espera vivir veinte años más. Yo leía en la prensa editoriales manieristas acerca del desencanto, farragosas noticias de los salones políticos, escenas sobre las alfombras, conversaciones, comunicados, declaraciones, entrevistas, tribunas libres, doctrinas y maniobras de líderes, todo ese esfuerzo diario que se hace para cubrir la vieja dictadura con una capa democrática. Ignoro si es que tengo ya el cerebro convertido en una torta de pasas. Por un momento pensé que lo único sensible que nos ha traído la transición ha sido ese orden de los ayuntamientos socialistas de dejar un carril exclusivo para ciclistas y demás desertores.

Camino del aeropuerto pensé en aquel nido de mirlos plastificado que había dejado encima del piano, el signo de la nueva era. Por delante de la ventanilla del coche cruzó de pronto un ciudadano en calzoncillos y la cara descenajada por el terror que corría hacia el final de la Historia. Llegué rápidamente a la conclusión de que los políticos demócratas, pseudodemócratas, los militares golpistas, la Otan, el Pacto de Varsovia, nada podrán ya contra esta corriente migratoria si no es intentar una cacería de patos. Dentro de poco alguien dará la salida. Todo el mundo se pondrá en pelotas sobre la parrilla y comenzará la gran huida hacia la Edad Media. En los pasillos del Congreso con hierba hasta la rodilla los diputados tratarán de formar un gobierno de coalición. Pero al salir del Palacio de las Cortes verán que el paseo de la Castellana se ha convertido otra vez en la antigua cañada de la meseta. ■

Diciembre 1980



Antes de que un especialista en robo ponga las manos en su coche...

Ponga su coche en manos del especialista en auto-alarmas: Bosch



En efecto: porque Bosch fabrica sus auto-alarmas con un elaborado sistema electrónico de funcionamiento seguro, lógico y eficaz.

Ante cualquier intento de robo la bocina sonará de forma intermitente durante 30 segundos y el motor de arranque o encendido quedarán bloqueados. Es decir: máxima seguridad.

Bosch es la marca especializada en auto-alarmas

que le asegura la protección de su automóvil en los puntos clave.

Y todo por aproximadamente el 2% del valor de su vehículo.

Pida folleto explicativo

Envíe este cupón a:

Robert Bosch Comercial Española, S. A.
Embajadora, 146, Madrid-5. A.A.-3

Nombre y Apellido.....

Domicilio.....

Ciudad.....

Auto-Alarmas Bosch

Técnica Bosch mejora su coche.

BOSCH